

QUEDAR COMO CAGANCHO EN ALMAGRO

Jesús Daniel Laguna Reche.

Ldo. en Historia y profesor de Enseñanza Secundaria.

Aunque no es muy conocida, hay quien utiliza la expresión “quedar como Cagancho en Almagro” para referirse a alguien que ha dado una imagen especialmente negativa ante el público que esperaba una actuación acorde con lo que se espera de un artista. Y se acuñó esta expresión tras la sonada bronca que se montó en Almagro (Ciudad Real) a causa de la bochornosa actuación del torero Cagancho.

Joaquín Rodríguez Ortega, Cagancho, nació en Sevilla, en la calle del Evangelista, del barrio de Triana, el 17 de febrero de 1903. Era gitano, hijo de herrero y miembro por línea paterna de una conocida familia de cantaores de flamenco conocidos como “los caganchos”, por haber sido comparados con un pájaro llamado “caganchío”, según palabras del propio torero al *Diario de Cádiz*, que las recogió en su edición del 1 de septiembre de 1928.

Toreó su primera vaquilla con quince años, y con veinte, en 1923, debutó en público como novillero en San Fernando (Cádiz) con novillos de Bohórquez. En 1924 toreó una novillada nocturna en su estreno en la Maestranza de Sevilla. Recibió la alternativa el 17 de abril de 1927 en Murcia, de manos de Rafael Gómez “el Gallo”, con el toro “Orejillo”, y confirmó el 22 de junio de ese año en la plaza de las Ventas, de manos de Valencia II, con Marcial Lalanda de testigo y con el toro “Naranjo”.

Alcanzó momentos de notable popularidad a finales de la década de 1920, y consiguió un importante prestigio como matador en Méjico, donde se presentó el 2 de diciembre de 1928 y donde realizó algunas de sus más destacadas faenas.

El lejano país que le vio realizar algunas de sus más memorables faenas lo recibió como ciudadano al decidir emigrar de manera definitiva, y en su capital acabó su vida el primer día del año 1984 a consecuencia de un cáncer de pulmón.

La figura de Cagancho conoció importantes altibajos en su popularidad, consecuencia razonable de los rápidos cambios en su modo de afrontar las faenas. Había quienes le criticaban el elevado precio de sus contratos, y se hizo tristemente conocido en más de una ocasión por cosas tan variadas como no presentarse a uno de sus compromisos alegando falsamente motivos de salud (estaba viendo un partido de fútbol entre el Trianero y el Antequerano), acudir al ruedo con muy poco interés por torear, salir corriendo a la barrera, o realizar faenas infames e inadmisibles tanto para los profesionales del toreo como para los aficionados que pagaban las entradas para ver una corrida y no una matanza al más puro estilo de los cazadores de la prehistoria. Y eso es exactamente lo que ocurrió en Almagro.

El día 25 de agosto de 1927 se congregó en la plaza de toros de la citada villa manchega una multitud de aficionados procedentes de diferentes puntos de la zona, que habían llegado en trenes abarrotados con la esperanza de ver una buena corrida, por la que habían tenido que pagar un alto precio debido al caché de Cagancho. A las

tres de la tarde todavía no se había presentado, pero pudo llegar a la seis con el tiempo justo de hacer el paseíllo con los otros dos matadores, Antonio Márquez Serrano (Madrid, 1899-1988, marido de Concha Piquer) y Manuel del Pozo, "Rayito" (Sevilla, 1906-Madrid, 1981).

La corrida, con toros de Antonio Pérez Tabernero, fue mal desde el principio. Ya en el primer toro Antonio Márquez fue reprendido por el presidente al ver que pretendía matar al toro a base de puñaladas por cualquier parte del cuerpo. Pero lo de Cagancho fue horrible. Desde el principio, nada más bajarse del tren, el público se percató de que llegaba al pueblo con el único interés de cobrar su contrato y sin ninguna gana de salir a hacer lo que le tocaba. Su primer toro, tercero de la tarde, le hizo volar el capote, ante lo cual reaccionó nada menos que saliendo a trote despavorido hacia la barrera. Pinchó para matar la bárbara cifra de once veces, y otras cinco descabelló al pobre toro, que murió sencillamente acribillado. Y con el sexto de la tarde, su segundo, hizo lo mismo, ahora sin atreverse a salir de la barrera, intentando matar desde detrás de las tablas de madera y ayudado en la cobarde faena por sus subalternos, que con una espada cada uno pinchaban al animal por cualquier sitio menos por donde es preceptivo entrar a matar.

Ante tan inaceptable actuación, la Guardia Civil tuvo que ayudarse del batallón de Caballería que se había desplazado para mantener la seguridad de tan populoso evento, y después de una amplia lluvia de todo tipo de objetos (almohadillas, botas de vino y botijos, por ejemplo) y piedras en el ruedo y la invasión por la muchedumbre del mismo, hicieron falta ocho agentes de la Benemérita para evitar el linchamiento de Cagancho, que ya se había llevado una buena bofetada de un espectador que se lanzó a su cuello ordenándole a gritos que saliera a matar al toro.

Diferentes periódicos de la época reflejaron en sus páginas aquel espectáculo de todo menos taurino acontecido en Almagro, y desde entonces podemos acordarnos del torero Cagancho cada vez que presenciamos una actuación lamentable de un artista o una actitud inapropiada de alguien.



El cronista Jerónimo Timbales escribió en un diario local su particular relato:

PRIMERO. – Colorado claro, feo, parecido a un carabao. Sale «esaborío» pero luego, cuando lo fijan, se anima tomando seis varas con estilo. Márquez y Rayito hacen los quites con aseo, destacando la ciencia del joven rubio y la bravura del sevillano. Cagancho decide reservarse. El toro muestra poder y codicia por lo que los picapedreros lo maltratan. En banderillas sobresale Pacomio y la labor con el capote de Bombita IV. A cargo de Márquez está el primer espectáculo de la tarde. Sin usar la muleta, entrando feamente arrea una

puñalada y media contraria entre una pita ensordecadora y veces se vaya a Amorabierta. El presidente llama al palco al matador, ¡vamos a decir!... Joaquín Rodríguez Ortega, "Cagancho".

Cartel anunciador de la aciaga corrida del 25 de agosto de 1927 en Almagro.



SEXTO. — Negro, grande. Un toro. Esta circunstancia, la de ser certero, y estar bien colocado de herramientas, es lo suficiente para que Cagancho se pegue a los tableros. En medio de un lío horroroso, el de Pérez Tabernero toma tres varas, derriba una vez y mata un jaco. La cuadrilla torea de un modo escandaloso ayudados de Márquez mientras el fenómeno aguanta impávido la bronca. Contagiados los banderilleros del miedo del maestro lo hacen a la media vuelta, de cualquier modo. Y ahora viene lo bueno. El catastrófico Cagancho derrochando frescura, da unos pases con el pico de la muleta; arrea un sartenazo, otro y ya en franca derrota,

pincha desde el callejón. Metido en un burladero, con una frescura inaudita, espera se lleven el toro al corral. Mientras, las cuadrillas dan un lamentable espectáculo. Provistos de estoques y puntillas tratan de acabar con el animal que, para vergüenza de su matador, decidió no morirse. Estando el toro en pie, Cagancho provisto de una espada intenta marcharse de la plaza siendo detenido por el público irritado. Hay bofetadas y palos. Providencialmente la Guardia Civil se echó al ruedo protegiendo al espada que vuelve a la plaza aunque no se arrima al toro ni atado. Mientras parte del público invade el anillo aguantando las arrancadas del toro, la otra parte grita desaforadamente pidiendo se castigue al torero que por lo visto, es sólo fenómeno a la hora de cobrar. Se echa el toro, se vuelve a levantar sin duda para increpar al gitano, mientras éste es rodeado del público que pretende castigar su desaprensión. La Guardia Civil saca de la plaza a los banderilleros, mientras la plaza entera ruge de indignación. ¡Un asco y una vergüenza!..."

Otro cronista, Federico Morena, firmó con su seudónimo Chatarra un artículo en *El Heraldo de Madrid* en el que, sin disculpar la vergonzosa actitud de Márquez y sobre todo Cagancho, arremetía contra los elementos del público que a punto estuvieron de linchar al torero y causar estragos con la lluvia de pedradas y objetos variados lanzados al ruedo, como cosa propia de bárbaros y no de personas:

Un ligero comentario al suceso de Almagro.

Nos hemos olvidado, a lo que parece, de la tragedia del pobre Nacional II en la plaza de Soria. Al caer entonces el torero, víctima de un resto atávico de barbarie, del que no hemos logrado aún limpiar a la función de toros – esa brava fiesta, tan escarnecida, y

que tuvo, sin duda, su más ardiente paladín en Juan Jacobo Rousseau, para vergüenza de los españoles –, los periódicos en sus editoriales y muy esclarecidos hombres de letras en vibrantes prosas llenas de pasión, clamaron contra ese perverso tipo que acude a la plaza en busca de pelea y que se embriaga, como el tigre, en cuanto caen sobre la rubia arena las primeras gotas de sangre tibia...Sí. Nos hemos olvidado... De otra suerte, la repulsa más vigorosa se hubiera erguido frente al triste espectáculo que opusieron al decoro público, en la noble ciudad de Almagro, unos cuantos enfurecidos espectadores, que acometieron a pedradas a los toreros y que intentaron aplicarles la ley de Lynch. Almagro, la hidalga, se apresta seguramente a la condenación, rotunda y categórica, del bárbaro hecho. Lo hará por propia iniciativa y sin exhortaciones de nadie, celosa de su buen nombre. Vamos a cuentas. Espectáculo por espectáculo, ¿cuál es más bochornoso? ¿El que ofrece un torero desmoralizado ante la fiera astada, o el de esa chusma que apedrea desde el tendido y a mansalva al lidiador; que le abofetea, después, y que, en fin, quiere matarle?... Es de urgente necesidad que los mismos pueblos donde se perpetran estos atentados encarten y persigan a sus autores. La adquisición de una localidad en la taquilla de la plaza de toros no da derecho a desafueros tales. Muchos días antes del señalado para la fiesta se colocan al público los carteles murales y circulan con profusión los programas de mano. Todo el mundo sabe qué toros se han de lidiar y qué toreros figuran en las cuadrillas. En los pasquines no se consigna la labor que ha de realizar el diestro con cada uno de los astados. El arte de los toros, aunque ha progresado mucho, no llega a tanto todavía. Si, pues, los toros o los toreros anunciados no nos merecen confianza debemos abstenernos, máxime si el abono no es obligatorio. Por lo demás, el presidente es la suprema garantía del público, y él impone las sanciones que son de ley a los toreros que vulneran el estatuto para el buen orden de las corridas de toros y novilladas. Esto no deja lugar a dudas. Al público no se le pueden conceder otros derechos que el de aplaudir y el de silbar a los lidiadores, según que considere sus faenas, dignas de premio o de censura. Hay todavía algo verdaderamente lamentable en el suceso de Almagro. Está bien que los periódicos, en cumplimiento de sus deberes informativos, acojan los relatos de sus correspondientes, siempre que se limiten a referir los hechos y no se erijan en cantores del atentado personal. En un periódico madrileño, bajo los títulos de «La llamada fiesta de los toros. – El motín de Almagro», he leído: «La mayoría de los espectadores invadió el ruedo para agredir a Cagancho, que, en medio de la tempestad, seguía pinchando por todas partes. Pero no era él solo, sino que todos los banderilleros de la cuadrilla, con estoques y picas, intentaban rematar al toro, vivo a pesar de estos desmanes. Cagancho se sube a la barrera, y desde allí pincha nuevamente, entre un escándalo enorme. El público apedrea a los toreros, y un espectador, indignado, se acerca a Cagancho y lo abofetea, en medio de una ovación». La pintura es digna del periódico extranjero que más empeño ponga en ridiculizar la función de toros. Nuestros enemigos de fronteras allá han de recogerla con fruición, y a buen seguro que ahora nada tendrán que poner de su cosecha, que ya lo han adobado a su gusto los enemigos de fronteras adentro". (El heraldo de Madrid, 27 de agosto de 1927).